

haberle despojado de sus vestidos ordinarios y haberle puesto otros pobres y despreciables.

No pudieron apoderarse de su esposa la Princesa Ingunda, que tomó el camino de Constantinopla con su hijo todavía niño, y murió á pocos dias. Reconoció Hermenegildo en su encierro de Tarragona adonde habia sido trasladado, la vanidad de las grandezas del mundo, y puso todo su corazon y sus afectos en el cielo. Aumentaba la dureza de su prision con sus austeridades voluntarias: dormia sobre un cilicio, oraba continuamente y pedia á Dios el valor de que necesitaba. La víspera de Pascua durante la misa le envió su padre un obispo arriano, prometiéndole su gracia si recibia la comunión de mano de este herege. Mas Hermenegildo despidió al seductor con indignación, y mostró el mayor horror á sus seducciones. Refirió al punto su respuesta al Rey, que frenético de cólera envió en el primer ímpetu á un oficial para asesinar á su hijo, y murió este Santo mártir al golpe de un hacha que le abrió por medio la cabeza el año 586, sábado santo á 13 de Abril, en cuyo dia celebra la Iglesia su memoria.

31. Cupo tambien parte de las crueldades de este bárbaro fanatismo á los suevos que ocupaban la provincia de Galicia, y que aun estaban en el primer fervor de su conversión. Subyugados por Leovigildo estos pueblos y reunidas sus tierras á su corona, pretendió al mismo tiempo sujetar su religion y atraerlos al arrianismo. Mas no consintió el Señor que abusase mucho tiempo de su próspera fortuna. Cayó grave-

mente enfermo en el mismo año de la muerte de su hijo; y manifestando un vivo pesar de haberle mandado quitar la vida, confesó la verdad de la Religion católica. Impidiéronle sin duda los temores humanos profesarla públicamente; pues San Gregorio el grande mira como insuficiente la penitencia de este Príncipe. Apenas advirtió el peligro de su enfermedad, mandó llamar á San Leandro arzobispo de Sevilla, que habia vivido en estrecha union é intimidad con Hermenegildo, y tambien habia sido perseguido hasta sufrir la pena de destierro. Pidióle que concediese la misma amistad á su hijo Recaredo que iba á sucederle, y le hiciese abrazar la misma doctrina que á Hermenegildo; y murió poco despues el año 586 de Jesucristo y el diez y ocho de su reinado.

32. En efecto, siguió Recaredo el ejemplo de su santo hermano, y protegido y ayudado el celo del nuevo Rey con la mediación del augusto mártir, supo ganar de tal modo á los obispos arrianos desde el primer año de su reinado, que sin hacer uso de la autoridad, los exhortaba y convencía á que se hiciesen católicos (1). Mostró toda la nacion una docilidad tan pronta y tan general, que este mismo Rey se vió en estado de escluir á todos los hereges, no solo de los oficios sino tambien del servicio militar. Igualmente redujo á todos los suevos, á quienes habian pervertido en gran número; y no poniendo límites á su celo, esterminó la heregía hasta en la parte de

(1) *Gregor. Turon. lib. 9. hist. cap. 15.*



la Galia Narbonense que pertenecía á su dominio. Hubo temores, hubo tramas secretas, hubo conjuraciones poderosas. Conspiró tambien la Reina Gosvinda madrastra de Recaredo, con grande peligro para el Rey, porque le inspiraba mas confianza, fingiéndose católica. Todo salió á luz á tiempo oportuno, y Gosvinda libró al Rey de ansiedades muriendo en estas circunstancias.

33. Tomar las medidas convenientes para dar á tan felices empresas la estabilidad que necesitaban, era ya el pensamiento único que ocupaba todos los ánimos (1). Mandó el Rey con este designio convocar en Toledo un concilio de todos los países de su obediencia, y aun de las Galias. Concurrieron setenta y cuatro obispos y los diputados de otros seis. Comenzaron conforme á las intenciones del Rey con un ayuno de tres dias; despues del cual se reunieron el 6 de Mayo del año 589. Asistia Recaredo, que mandó leer una profesion de fe firmada por él y por la Reina Badda su esposa, en la cual anatematizaba á Arrio, su doctrina y sus secuaces; recibia espresamente los cuatro sínodos ecuménicos, y todos los concilios ortodoxos en general. Despues se fulminaron veintitres anatemas contra los puntos principales de la doctrina arriana, reprobando lo que sus defensores miraron como su principal apoyo en el concilio de Rímini. Mandáronse suscribir estas decisiones á los recién convertidos, señores legos ó clérigos, entre los

(1) *Tom. 5. Concilior. pag. 589.*

que se hallan ocho obispos godos de nacimiento, como lo demuestran sus nombres bárbaros.

Propuso Recaredo despues de esto que se arreglase la disciplina para precaver los desórdenes ocasionados por la heregía. Vivian con sus mugeres como los seglares los sacerdotes y obispos arrianos: el concilio prohibió esta licencia á los convertidos; y á fin de prevenir el peligro, tanto del escándalo como de la incontinencia, mandó que se separasen de habitacion, y si pudiese ser, de casa. Veda á todos los clérigos demandar á sus hermanos ante los jueces seculares, bajo la pena de excomunion y de perder el pleito. Aparece con claridad por el último artículo, que las dos potestades eclesiástica y secular concurrían juntamente: innovacion que conviene observar, y que iba á ser comun á todos los pueblos que el cristianismo principiaba á librar de la barbarie. Acontece lo propio con el edicto publicado por Recaredo en confirmacion de este concilio, en el que se decreta la pena de excomunion contra los clérigos y legos, la confiscacion de bienes, ó el destierro, conforme á la calidad de las personas. Mandóse igualmente en general la observancia, así de los antiguos cánones como de las cartas sinodales de los Papas; y proscribieron todo resto de idolatría en las varias provincias sujetas á los godos. Procuró desterrar principalmente la práctica tan inhumana, como comun entre los paganos, de despojar de la vida á los niños que eran fruto de la disolucion.

34. Celebraron otro concilio en este mismo año
TOM. VIII. 7

y con los mismos objetos en la parte de las Galias que obedecía á los godos (1). Reuniéronse en Narbona los obispos en número de ocho, y ordenaron que se cantase el *Gloria Patri* al fin de los salmos; lo que era en compendio una exacta profesion de fe contra el arrianismo. Prohibióse á todo presbítero salir del santuario durante la celebracion de la misa, y á todo diácono, subdiácono ó lector, el quitarse el alba antes que se concluyesen los sagrados misterios; lo que nos hace ver que el uso del alba era comun á todos los clérigos, y que estaba destinada ya entonces para solo el tiempo del servicio divino. Se vedó observar el jueves como consagrado á Júpiter, y el trabajar el domingo, bajo la pena al hombre libre de pagar diez sueldos de oro, lo que componia una suma de cerca de diez escudos de nuestra moneda; y al esclavo bajo la pena de cien azotes. Prueban de nuevo estas penas temporales, que los jueces seculares se congregaban con los obispos, y que se egecutaban con exactitud los artículos de los reglamentos del concilio nacional de Toledo, que les obligaba á ir á aprender de boca de los pastores (estos son sus términos) el modo con que se deben gobernar los pueblos.

35. San Leandro era en todas estas obras de celo la guia principal del Rey Recaredo, que le amaba mucho por la justicia que le había hecho el Rey Leovigildo en un momento en que se juzga tan sanamente de las cosas. Prueba esto hasta la evidencia, que el destierro de este santo prelado y de los obispos orto-

(1) Tom. 5. *Concilior.* pag. 1028.

doxos mas celosos, fue solo efecto de la persecucion, y no un castigo por haber ido en embajada á Constantinopla de parte de Hermenegildo. Tenia Leandro demasiadas luces, como se ve por varias obras que escribió (1), para prestarse á la rebelion bajo de ningun pretesto. Exigió sencillamente del Emperador, ó que interpusiese su mediacion con el Príncipe herege á favor de los católicos, ó que asegurase un asilo al Príncipe convertido y á su familia en caso de opresion. Mereció este santo obispo y logró un amor especial, y la estimacion y aprecio mas constante del Papa San Gregorio, que en el mas alto grado de autoridad y de poder á que ministro alguno del cielo se haya elevado jamás, supo siempre dar á los Soberanos del mundo lo que les es debido. Contrajeron esta grande amistad en Constantinopla, la que manifestaron despues por sus cartas.

36. Era Gregorio, diácono entonces de la iglesia romana, apocrisario ó legado del Papa Pelagio cerca del Emperador. Habia nacido en Roma este ilustre Santo, que fue sin disputa el mas grande hombre de su siglo, de una familia tan distinguida por sus virtudes como por su nobleza y opulencia. Su padre Gordiano era uno de los mas poderosos senadores, y la Iglesia venera como Santa á su madre Silvia. Gregorio contaba entre sus ascendientes al Papa Felix IV, cuyas sobrinas Emiliana y Tarsila fueron colocadas en el número de los Santos; él mismo fue pretor de Roma, es decir, gefe de la justicia civil de aquella ca-

(1) *Isidor. de viris illustr. cap. 28.*

pital del mundo. Cautivó la admiracion general desde entonces por su probidad, y se propuso servir perfectamente al Señor bajo del oro y la seda que su dignidad le obligaba á llevar. Mas conoció ó creyó conocer, que estaba mas adicto al mundo de lo que pensaba, y quiso romper todos los lazos que le unian á él.

Habiendo adquirido por la muerte de sus padres la disposicion de sus grandes bienes, levantó y dotó seis monasterios en Sicilia. Fundó otro en Roma y en su propia casa que se conserva todavía, y pertenece á los camaldulenses. Tomó en el mismo el hábito monástico, habiendo distribuido entre los pobres sus muebles y sus mejores vestidos, y humillándose á la obediencia, como el último de los religiosos. Necesario fue poco tiempo despues violentarle para conseguir con las repetidas instancias de sus hermanos que fuese su abad (1). Componian su comida legumbres crudas, que le suministraba su santa madre retirada entonces en Celanova, que despues vino á ser un famoso monasterio. Humedecia algun tiempo estas legumbres, y se las enviaba en una escudilla de plata, que dió al fin á un pobre, porque sus grandes limosnas le habian reducido á no tener otra cosa. Ocupábase además de la austeridad de este régimen, ya en la oracion, ya en el estudio, ya en escribir ó dictar: cuyo método debilitó su salud y le originó enfermedades continuas.

37. Arrancóle de su retiro el Papa Benedicto, pa-

(1) *Joann. Diac. vit. S. Gregor. M. cap. 9.*

ra hacerle uno de los siete diáconos de la iglesia romana; y poco tiempo despues el Papa Pelagio le envió á Constantinopla. Solo logró consolar al piadoso Gregorio en este principio de elevacion el carácter del Príncipe á quien era enviado, es decir, del Emperador Tiberio, que acababa de suceder á Justino muerto en 578. Habia sido creado César en el año anterior por consejo de la misma Emperatriz, que viendo á su esposo espuesto á los accidentes de frenesí, juzgó que no podia hacer cosa mejor que asociarle un hombre tan perfecto. Alegróse en extremo el pueblo de esta eleccion; porque Tiberio á mas de la magestad de su aspecto y de su estatura, que fijaba en sí los ojos de todos, tenia á sus súbditos el amor sólido de un padre y la ternura de una madre. Admiraron sobremanera su desinterés y su liberalidad, perdonando un año entero de tributos á todo el imperio, luego que se vió único Soberano.

38. Habiendo muerto el patriarca Juan el Escolástico, la ciudad de Constantinopla mostró el mayor deseo de que se restableciese á Eutiquio, lo que consiguió fácilmente (1). Su regreso desde el destierro á Constantinopla fue mas bien una fiesta triunfal, y tanto mas digna del piadoso prelado, cuanto que traía á la memoria la entrada del divino Pastor en el lugar de su sacrificio y de sus triunfos: tendiendo el pueblo sus vestidos sobre el camino, quemando perfumes y elevando ramos al rededor del obispo que venia montado en un asno. Respetábanle todos como

(1) *Vit. S. Eutich. ap. Bolland. die 6. Apr.*

Santo, y la relacion de un gran número de milagros obrados durante doce años de persecucion, se habia difundido desde Amasea á Constantinopla.

39. Profesaba sin embargo ciertas opiniones que se resentian de la doctrina del origenismo; pero estas solo eran consecuencias remotas cuya conexion con los principios no se percibia facilmente, y las abandonó luego que conoció el peligro. Habia afirmado de viva voz y por escrito, que despues de la resurreccion, nuestros cuerpos no serian palpables. San Gregorio que no podia negar su estimacion á todas las buenas cualidades de Eutiquio, se dolia en gran manera de advertir en él esta mancha, é intentó hacerle mudar de opinion. Tuvieron ambos á este efecto una conferencia formal, y no fue difícil al sabio legado confundir al patriarca; mas no le convenció tan pronto de la verdad, ni del modo con que la singularidad de su opinion manchaba su fe. Eutiquio defendió que no era opuesta á lo esencial del dogma de la resurreccion. Gregorio opinaba todo lo contrario, y juzgó que debia romper toda comunicacion con él hasta que confesase la fe con toda su integridad.

Esta discordia tuvo mucha publicidad, y desde luego hirió los oidos del Emperador que los mandó venir á ambos á su presencia; y ya fuese por veneracion á la doctrina de la iglesia romana y á las luces de Gregorio, ó ya aversion á una singularidad contraria á las ideas recibidas, el Emperador Tiberio tomó con tanto ardor partido por el diácono romano,

que quiso entregar á las llamas el libro de Eutiquio. Pero al acabarse la conferencia, el legado y el patriarca cayeron enfermos, y la enfermedad del último vino á ser mortal. Fue á visitarle el Emperador, y el enfermo aseguró que el Príncipe moriria tambien en breve. No permitió Dios que un obispo dotado de tantas virtudes y de dones extraordinarios del cielo, dejase de abandonar al morir unas preocupaciones siempre peligrosas contra la verdad. Gregorio, no pudiendo visitarle, le envió sus amigos, á quienes escuchó tan bien, que posponiendo toda vanagloria, abjuró altamente su estraña opinion (1). Unió á su retractacion las señales exteriores y mas espresivas de su convencimiento, asió con sus manos la piel de su cuerpo, y en presencia de todos dijo: *creo que resucitaremos todos con esta misma carne*. San Gregorio, sin dar lugar á que este error se hiciese mas célebre persiguiéndole con las formalidades ordinarias, dejó que se desvaneciese por sí mismo con tanta razon, cuanto despues de una retractacion tan auténtica apenas habia ninguno que le siguiese. San Eutiquio espiró el domingo de la octava de Pascua, á 5 de Abril de 582; y la Iglesia venera su memoria el dia 6. Murió el Emperador Tiberio el 14 de Agosto del mismo año en cumplimiento de la prediccion del santo patriarca.

40. Habia hecho coronar la víspera á su yerno Mauricio, natural de Capadocia de una familia oriunda de Roma, de edad perfecta, pues contaba ya cua-

(1) *Gregor. M. lib. 14. Moral. cap. 29.*

renta y tres años, y de igual madurez de espíritu, lleno de juicio y sabiduría, modesto, reservado, poco amigo de franquearse y deseoso de conocer á fondo á sus súbditos antes de admitirlos á su confianza (1). Era por otra parte benéfico y muy inclinado á la clemencia, de la que dió grandes ejemplos desde el principio de su reinado. Su valor no le distinguió menos que las demás cualidades propias de los grandes Príncipes como de los grandes capitanes: y se admiró principalmente en él, lo que demostraba el carácter constante y firme de su alma, ó mas bien de su virtud, que conservó las mismas prendas en el trono. Ostentóse en él tan afable y tan dueño de sus pasiones, como cuando era simple particular. Consolidaba tan bellas cualidades una religion pura y sincera, un amor inviolable á la doctrina de la Iglesia y á la enseñanza de los pastores. Profesaba gran cariño á San Gregorio, y le honró hasta hacerle padrino de uno de sus hijos.

41. Mauricio trajo á la memoria despues de su coronacion la profecía que en otro tiempo le habia hecho en Galacia San Teodoro de Siceon (2). Siendo este Principe general del Emperador Tiberio, transitó por aquella provincia al volver de una expedicion gloriosa contra los persas. Moviéronle su piedad y la fama de San Teodoro á ir á ver al Santo en la caverna que habitaba, para tributar unidos gracias al Dios de los egércitos, y obtener nuevos favores. Habló públicamente el santo solitario al guerrero cris-

(1) *Evagr. lib. 6. hist. cap. 2.* (2) *Bolland. die 2. Apr.*

tiano de los designios que el Dispensador de los cetros y coronas tenia acerca de su persona, y despues al salir de la oracion le dijo claramente que seria Emperador.

Hácenos conocer admirablemente el origen de este Santo, hasta que punto el Señor es árbitro de sus dones, y como hace nacer cuando le place del mismo seno de la corrupcion las mas puras virtudes. Habia sido prostituta de una posada la madre de Teodoro, y tuvo á este hijo de un oficial distinguido que pasaba á tomar posesion del gobierno de una provincia. Ya fuese por respeto al origen del fruto que habia concebido de un grande, despues de tantas criminales condescendencias con gente comun, ó ya arrepentimiento sincero de una larga serie de pecados, bautizó á este niño luego que nació, teniendo gran cuidado de su educacion, y principiando una vida arreglada. Observaron en Teodoro una gran piedad desde su mas tierna infancia; y particularmente mucha devocion al mártir San Jorge, muy venerado en la comarca, y toda su vida le honró y le hizo honrar con un culto notable. Dedicóse siendo muy jóven á la vida solitaria; y al principio estuvo recluso desde la Natividad hasta el domingo de ramos, comiendo solo el sábado y domingo algunas frutas ó yerbas. Ordenóle presbítero el obispo de Anastasiópolis cerca de Siceon, aunque no contaba mas que diez y ocho años, y esta distincion fue un nuevo estímulo á su piedad y á su espíritu de abnegacion. Mandó hacerse en vez de celda una caja de hierro, y él mismo es-

taba vestido de este metal, pues tenia por túnica una coraza del peso de diez y ocho libras, un áspero ceñidor y un calzado igual; y sobre esta estraña especie de vestidos sobresalia una cruz tambien de hierro de diez y ocho palmos de largo. Consiguió un gran número de discípulos y la mas alta estimacion; lo que por último le arrancó de su soledad. Muerto el obispo de Anastasiópolis, los ciudadanos y el clero suplicaron al obispo de Ancira, que era metropolitano de la provincia, que les concediese por pastor al abad Teodoro. Necesitaron usar de la fuerza para que aceptara el báculo pastoral, en cuya dignidad conservó todas las austeridades del retiro. Tal fue el profeta que vaticinó el imperio á Mauricio.

42. San Gregorio desempeñó su embajada con este Emperador como lo habia practicado en otro tiempo con Tiberio, logrando el amor y el respeto tanto del pueblo como de los grandes y de los mas ilustres prelados del oriente. Proporcionó muchas veces auxilios á la Italia, reducida al estado mas miserable bajo la tiranía de los lombardos. Mas todos los consuelos que derramaba en la elevacion de su empleo, le borran muy débilmente la idea de verse arrojado de nuevo, como decia á sus amigos piadosos, á las tempestades del siglo. No ponía en olvido ninguna de las prácticas de la vida monástica que se acomodaban á su dignidad; y aun tenia consigo muchos de sus religiosos, de quienes se apartaba pocas veces para no olvidar nunca sus primeros juramentos. Platicaba con ellos cuasi siempre sobre asuntos de piedad, y con

este motivo escribió el libro de sus morales, que en todos tiempos ha sido tan estimado en la Iglesia. Habia dado principio con la esplicacion del libro de Job, por las repetidas instancias que le hicieron para vencer su innata modestia; y despues San Leandro de Sevilla, que aun residia en Constantinopla, y otros amigos no menos distinguidos reunieron tambien sus ruegos con los de los monges, á fin de inclinarle á que consumase su obra. Espuso el principio de viva voz: despues dictó homilias sobre lo restante; y quando tuvo tiempo lo ordenó todo é hizo un gran comentario dividido en treinta y cinco libros. Llamáronle á Italia poco tiempo despues, ó á lo menos antes de las desavenencias ocasionadas por la ambicion del patriarca Juan, llamado el Ayunador, que sucedió á Eutiquio. Mas para presentar este hecho con claridad, necesitamos tomar las cosas desde su origen que fue la delacion calumniosa de Gregorio de Antioquia.

43. Habia apelado al Emperador y al concilio este patriarca acusado de adulterio con su propia hermana: partió á Constantinopla adonde trajo por su consejero á Evagrio el Escolástico, es decir, abogado, quien cuenta este hecho en su historia eclesiástica. Concurrieron todos los patriarcas á este exámen, ó en persona ó por diputados. Asistió tambien el senado y muchos metropolitanos; de modo que hubo entonces un egemplo de uno de aquellos casos privilegiados, decidido por el concurso de las dos potestades. Nómbrase el senado despues de los patriarcas, pero antes de los metropolitanos. Declararon inocen-